



JAIMA

Alberto Wagner Moll

J A I M A

Alberto Wagner Moll

J A I M A



ARS  POETICA

Alberto Wagner Moll

JAIMA

Prólogo de Ilia Galán

colección
| ARS NOVA |

ARS POETICA
boutique de poesía

Jaima
Alberto Wagner Moll

Colección: ARS NOVA
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 Alberto Wagner Moll
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editorial]
Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: junio, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948911-2-0
ISBN (edición digital): 978-84-948911-3-7
Depósito Legal: AS 00177-2018

Impreso en España
Impreso por MQL

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi familia,
que es sangre y cariño.*

DOLOR DEL LÍMITE

por Ilia Galán

Sin duda alguna, Alberto Wagner Moll es un poeta profundo que mira más allá del horizonte, por eso sufre, porque no ve lo que detrás se halla, quién pueda haber más allá de todo esto, de modo que los versos se convierten en una tabla de salvación en el inestable mal de la vida.

Se diría que el ansia de infinitud, como en Unamuno, la voluntad de perdurar más allá de esta vida, de no morir, de continuar la existencia del modo que sea choca con la falta de fe en esa posibilidad, sumiendo al poeta en un trágico dolor. Esta, sin duda es una de las claves del libro *Jaima*, pues así la vida es una tienda plantada en los desiertos del sentido, inestable, que cambia de dunas por las que errantes caminamos buscando el rumbo, en pos de una felicidad que aquí, entre flores efímeras, apenas hallamos y cuando la sa-

boreamos pronto se deshace como pétalos delicados, arrugados por un sol implacable.

Así, ya en el prólogo surge su lamento: «¿No es la condición más adversa el reconocer (o pensar) que la vida humana deviene antes y después de dos lapsos de tiempo infinito y que, se haga lo que se haga, no existe más posibilidad que la desaparición?»

El texto está dedicado a su familia: *que es sangre y cariño*. Ahí, sobre todo en el cariño, posa su fuerza y por eso estas estrofas respiran ternura, en una dura mirada sobre las piedras del camino o, mejor, sobre la arena que atrapa las piernas, que devora incluso las huellas:

«Frente al calor
los hombres desnudan su piel
y dejan que el Sol los consuma.»

La mayúscula que muestra al Sol podría simbolizar al Astro Rey como Divinidad, metáfora tan cara desde la antigüedad egipcia. ¿Nos desnudamos para ser consumidos por la eternidad?

No hay vacilación al expresar la fuerza del dolor de la existencia, del germánico *Weltschmerz* que fue transmutado por no pocos románticos en quintaesencia del arte, de la escritura y de la exaltación de la herida en los poemas:

I

Mis pies conjuran las siluetas de la desolación,
avanzan sobre mares de incertidumbre,
caminan por la pura inercia del camino.

Pero este camino se llena de belleza en la búsqueda, aunque tal vez tenga más que ver con el sentimiento de lo sublime, como cuando entra en una sacristía el poeta y siente el abandono de lo sagrado, las «ruinas de nuestra civilización cuando aún no han sido.»

«En una iglesia mundana, la lámpara
más alejada se pudre en polvo
y olvido
y el techo, encanecido, se arruga
de humedad.»

No sólo la huida de los dioses duele, como narra Heidegger, sino la de los hombres en su abandono de los dioses... El abandono mutuo es también doloroso.

Por eso cuando escribe: «la vida a punto de reventar sus bombillas, mamá», suena como *El grito* de Munch, precisamente ante quien le ha alumbrado al mundo, su madre llamada con amor, con el apelativo cariñoso, «mamá», pero penetrado de oscuridad, como con un «barreño amargo, la ropa manchada» donde incluso los seres queridos duelen

pues «La marea de tus ojos / me baña en la ausencia.» Y por eso viene hacia nosotros un «velero fenecido.»

Con las heridas de los mutilados en el sentido, parece que nos define su posición:

VIDA

«Y siento que el álamo de mi vida
se quema inclemente,
que la felicidad dura las tres milésimas
en que aprietas el gatillo del tiempo.
(...)

La vida es el polvo tras el armario de la nada.»

El Maestro Eckhart resuena con su fondo de la Nada detrás de lo cotidiano, aunque aquel sabio y místico germánico se hubiera anclado en la esperanza del Resucitado y con ella hallaba la gracia iluminada.

Lo efímero en contraste con la inmensidad es terrible cuando se cree que detrás no hay nada, que no hay un para qué o un para quién y que esto se acaba desapareciendo en nosotros todo.

El poeta germano-mallorquín, surgido de esa hermosa isla donde la gran Alemania ha hecho colonia, del clima refugiada, en un maravilloso entorno mediterráneo de afectos y alimentos, del alma y del cuerpo, está acostumbrado a los vuelos y por eso nos escribe, tremendo, desde el aeropuerto:

«Cada mañana en que el cinturón de cobre aprieta
la barriga del cielo, me quedo sin aire cuando tus lenguas
de agua obstruyen mi esófago,
cuando beso el ácido recorrido que tiene la memoria.»

Y es que, como dice en su «Situación», entre «manos heridas, rotas, manchadas / de sarpullidos» nos hallamos ante:

«Un alma callosa, de cuero,
es lo que nace en esta tierra baldía.
El llanto es seco, la lengua inmóvil,»

La desesperación teutónica del Filósofo del Martillo, de óxido herido, se mezcla con las fuerzas de las brillantes y duras, como cuchillos, metáforas nacidas del sol de García Lorca. Y de ahí viene la *Regurgitación*:

«Mi cuerpo es un trámite.
Mi objetivo: alimentar a las gaviotas.»

Por eso añora la postura del *ouróboros*,* cuando el tuareg ve una pescadilla mordiéndose la cola del eterno retorno, «eterna caza / de su pensamiento.»

«El olor de la enfermedad crece sobre los poros», sin embargo, y por eso se busca hurgando en la herida, intentando comprender su tamaño y profundidad, el origen del mal:

«Busco la sinceridad sin canción que emana de los jardines,
un pétalo o una raíz que me haga masticar la pérdida.

Solo quiero la fotosíntesis del daño..»

Sincera y valiente búsqueda, dolor de pérdida en la que el poeta siente cómo «la lluvia anega otra vez el pozo de sus pupilas.» No hay concesiones, el poeta espeta grandioso su bramido:

«Moriré en la rutina de una boca pudriéndose.»

Pero después de la *Rutina*, resucita con *Empatía doliente*, recordando en un poema de carácter social:

«las manos frustradas del campesino, del oficinista
que araña el cemento, tratando de encontrar manantiales
donde solo hay desaparición de la realidad.»

Entre sus versos, como «Espumarajos de calor»:

«Se oye el silbido de los pulmones
rotos de la tierra,
el manar de hedor sanguíneo
del recuerdo.»

Y es que el poeta percibe en sí cómo se va

«secando el mundo,
haciendo cemento la esperanza.
Certeza de cambio, Seguridad de decadencia.»

El joven y profundo poeta, con tanto futuro por delante, ve, sin embargo, cercenado el camino, abocado al derrumbe, como cayendo entre ruinas del pasado. Incluso cuando busca en el amor carnal descubre el aburrimiento propio de lo corporal cuando se desgasta, volviendo como un anacoreta a su cueva, meditando la soledad, rumiando el silencio:

MÍSTICA

«La indiferencia cae en un rumor desequilibrado
sobre el cemento y las breves hierbas de la esperanza
se endurecen, pintando el suelo y los cadáveres.

Mortecina es la luz, como el tiempo que vara en mi paladar,
y la finitud del sol es palpable en sus hilos rutinarios.

Intenté escapar del hastío a través de la repetición de cuerpos, pero la carne solo entiende el estímulo bañado de novedad.

(...)

Seré el silencio y la contemplación.»

Hay sin embargo tesón en esa profundización entre los terrenos de la sombra, allí donde la luz no alcanza, oscura, como quien engulle abismos. Así, en su *Café y terquedad*, nos dice:

«Sírvame el café más amargo
que tengan, por favor,»

No se nos escatiman imágenes:

«mi garganta ha de desprenderse
de su carne
para poder engullir
la amarga desidia.»

El poeta se nos desnuda, no sólo dejando ropas mojadas y sucias a un lado, sino incluso despellejándose ante nosotros:

«Herida piel, esta por donde
el sudor resbala.
Hasta la más pequeña gota de rocío
abre surcos horrendos,
agrieta poros,
sesga la dermis sin piedad,»

con una mirada que recorre el universo y la humanidad con su historia de horrores, con tremenos errores, como se ve en su «Poética»:

«Porque la luz de la Ilustración nos ha llevado
a los fuegos de Auschwitz y Siria,
porque un orangután jamás ha asesinado
a tres millones de seres vivos,»

Y es que:

«Estamos solos frente al precipicio,
las horas van derrumbándose vertiginosamente
y nuestros ojos pierden la duración
de la esperanza.»

Incluso en el erotismo surgen adjetivos abrumadores que nos alejan hacia barrancos y derrumbes:

«Tan abrumador y alejado como las últimas encinas,
el viento gime al penetrarte.

(II)

Tu cuerpo se desnuda,
dejando caer desde el barranco de tus hombros,
de tu espalda de arenisca erizada,
la vegetación que lo escondía:
(...)

seguridad agria,
incómoda,

de lo breve y complejo
de la salvación.»

Como para Calderón de la Barca, la vida es sueño, pero:

MAL SUEÑO

«Despertarse del mal sueño
viendo la cama entumecida
y la cabeza deshecha.

Sábanas de proyectos rotos, hechos jirones
e ilusiones de lágrima.

El mundo gira (o eso dicen)
sin ningún fin (o eso cuentan)
y nosotros varamos aquí
por azar, para nada en concreto,
removiendo solo conceptos inasibles
(o eso afirman).»

Que nada tenga una finalidad o un sentido, perdidos en el azar, según algunos dicen, es triste canción que oída y repetida desafina el temple del alma, daña las entrañas. El poeta hace eco a esa melancolía trágica, como si en el fondo quisiera huir de tales creencias, tenebrosas como telas de araña en las que caen las esperanzas para ser lentamente devoradas por interior ponzoña. Así, nos confiesa, lacónico:

«solo queda en mí
el transcurso vital del frío.»

Incluso cuenta con imágenes propias de los cenobios monacales, admoniciones al lector, a sí mismo:

«Piensa en tu cadáver, al menos una hora a la semana
(...) Mira en tus ideas la que implica putrefacción;
pensamiento hostil,
como pájaros exiliados al cantar la madrugada,
(...)»

El paso del tiempo, como en Bergson o en Antonio Machado, es clave en Wagner, pero aquí de modo desgarrador aun en su laconismo, en su conformidad con el gris que nubla sus años mozos:

TIEMPO

«Cimento los diques de mi melancolía
en este momento joven,
(...)»

Pues si bien diríase que le quedan muchos pasos en su carrera hacia la muerte, todavía muy lejana en apariencia –esperamos–, la mirada de la calavera la tiene clavada en el alma, la de la propia osamenta venidera, ya sin ojos:

«Nada
nada más que el vértigo del vacío.
Un buitre grazna hacia el foso
de mis entrañas y lo derrumba.
Nada,
tras la caída de los monumentos.
Nada a lo que aferrarse.»

Y es que no ve un más allá que lo acoja, no ve al Padre de los inmortales recibiéndole amorosamente ni los héroes del pasado, ni santos ni ángeles ni familiares... Solo el vacío, allí donde no tiene asidero, aparece en sus versos.

De ahí la desesperación furiosa, que se agarra a la vida presente por no hallar nada más a lo que asirse, asidero, sin embargo, que sabe a poco:

«Ahogar la mano que piensa
en la furia
donde vivimos.»

Aunque a veces parece hallar convencimiento, es en la figura del que se va, recién llegado:

«Hoy empieza
un hombre nuevo
en el feto anciano.»

Las imágenes son tremebundas, contundentes como rocas lanzadas con catapulta al centro de la mente que luego queda ciega, demente:

«Lloré para parirte, mientras, de fondo, patriarcas se obligaban a eyacular en mí, saciar mi maternidad.»

Pero a veces parece considerar al Ser otro, al Divino rostro que oculto en los velos de Maya deja su rastro en unos versos, como en los que se titulan: *El viviente*.

«El Viviente no ha contemplado más allá:
no hay más realidad
que la labrada por sus manos»

Si bien la negatividad sigue emergiendo en la contemplación, en la opacidad, al menos alguna imagen también florece:

«Creados en el continuo brote de vida en lo opaco,
vivientes a flor del Viviente.»

Y el vocablo deseado emerge, impronunciable casi, pero al final escrito aparece, como en *Esperanza*:

«Si hay una palabra difícil de pronunciar
es «esperanza».»

Tan oculta se nos desviste
que aún no he sido capaz de acostarme en su placer.»

En su *Nocturno* vuelve esa búsqueda angustiada a congelarse por el nihilismo:

«Intento agarrar una mota de torbellino,
acurrucar un hilo de viento
en mis pulmones ahogados de arena,
pero vienen nuevas ráfagas de frío
que hacen de mi lógica estructuras congeladas.

Siempre la nada moldea mi infinito,
(...)»

La vitalidad de la juventud choca con la angustia fangosa que anega el interior:

«Me siento vivo,
y vivos son mis movimientos, vivas mis acciones,
mi mente, mis labios, mis raíces y mis ramas.

Pese al fango en los pulmones,
solo nosotros tenemos la culpa de no respirar.»

Pero al final, si bien en el desierto, un horizonte de dunas emerge, aunque sea un *Epílogo árido*: «Unas pocas dunas de autoconocimiento.»

Quienes creemos, quienes nos sabemos y sentimos inmortales, quienes esperamos en un Dios bueno (aunque no veamos a menudo sino rayos y truenos bajo nubes sin horizonte, sin rumbo, sufriendo un dolor que a veces clama con formas semejantes a las de la blasfemia, sin entender el entramado total que nos envuelve) tenemos al menos la fuerza de la luz y la esperanza. Pero estos versos, desesperanzados, errantes, más que melancólicos, malheridos, tienen poderoso sentido dirigido en un camino muy útil para comprender esos abismos del alma, la oscuridad del sinsentido y la vida fútil del aquí, escritos con la maestría de lo que brota de las vísceras, como un hijo repentino que huye corriendo y gritando, envuelto en sangre, recién parido, con un estremecedor y poderoso alarido.

Aquí la poesía no es un juego amoroso de lindas o floridas palabras sino un enfrentamiento al abismo, una búsqueda interior que persigue, a través del lenguaje, su sintaxis y sus silencios, la propia sanación. Literatura como nave a la deriva que busca la salvación. Esperemos que tras este volumen de espléndidas brumas surjan nuevos poemarios y el sol, alguna vez, amanezca también en ellos. El poeta tiene talento y fuerza de profundo lamento, también habrá entonces un poderoso vuelo.

PREÁMBULO

En el desierto no hay signos reconocibles, marcas que perduren a través del tiempo y que sirvan al que allí habita como señales por las que guiar su camino. Al nacer, los nómadas de las regiones más hostiles del planeta no son más que la concesión momentánea que hace el cruel clima a los hombres, concesión que apenas dura, comparada con la longevidad de esta topografía. Un instante vacío. Pero, ¿cuál es la zona más inhabitable del planeta para el ser humano? ¿Las inmensas dunas del Sáhara? ¿El eterno Gobi? ¿O, quizás, los páramos y rocas de la conciencia? ¿No es la condición más adversa el reconocer (o pensar) que la vida humana deviene antes y después de dos lapsos de tiempo infinito y que, se haga lo que se haga, no existe más posibilidad que la desaparición?

Sin embargo, como el hombre es un animal de dolor, pero también de resistencia, no podemos regalarnos al sinsentido,

al puro devenir. Necesitamos, como el agua o la noche, propósitos con que acometer las circunstancias en que nos vemos inmersos. En el siglo XXI, en regiones occidentales e inhóspitas, la fe y la certeza han abandonado a núcleos cada vez mayores de personas, lo que imposibilita a este grupo encorazonarse a los símbolos que eran tradición aquí. Aquí, porque esta búsqueda la observo tanto en los que me rodean como en mí mismo, es un sendero tanto común como propio. Situados en esta posmodernidad europea, ¿dónde encontraremos el hábito que en épocas anteriores nos condujo durante siglos?

He intentado dar con esta fuerza en los templos, en las nuevas tecnologías, en los cuerpos desnudos y gimientes y en mi pasado (lejano y próximo, como individuo, como civilización y como especie), sin dar más que con la belleza de las ruinas, belleza que nos hace conscientes de nuestra capacidad de beber la maravilla, pero que no sacia nuestra sed.

Entonces, sumido en la ceguera y el desaliento, nos queda la misericordia del tacto. Es nuestro sentido más hospitalario, aquel que establece los más férreos vínculos entre los hombres y entre estos y la realidad. Solo un cuerpo tocado emite luz, el abrazo del amigo derrama sobre nosotros mayor fraternidad que cualquier palabra y la madre que acuna en su regazo otorga cuidados paliativos a quien vive la desventura. Junto al tacto, el resto de sentidos toman su fuerza y posibilitan el pensamiento, que es, finalmente, lo que nos

permite hallar significados en las dunas del desierto. Cuerpo y mente, unidos, son los telares salvíficos de nuestra jaima.

Empecé este poemario hace dos años, momento en que los pilares de mi infancia y mi adolescencia se derrumbaron, y comencé a formular lo que podría ser nombrado como período de madurez, coincidiendo con mi llegada a Madrid y mi ingreso en la universidad, hechos ambos que modificaron radicalmente mi vida. Escribí esta obra entre Palma (mi isla, mi idilio, mi lazo con lo bueno y lo malo que dejé) y la capital (estímulo constante y constante agresividad cosmopolita). Los versos que contiene este libro me han ayudado a constatar los sentimientos e ideas que, sin ser consciente de ello, me conformaban, y a renovarlos y darles nueva vida. Esta empresa no hubiera sido posible sin la ayuda de todas aquellas personas que han leído esta obra, que me han mostrado su apoyo y han corregido gran cantidad de fallos que el mismo contiene, siendo culpa mía la permanencia del resto en este poemario. Agradezco también al lector que se adentre en estas páginas el hecho de brindarles parte de su tiempo, que, como decía Séneca, es nuestra posesión más valiosa.

Dichas todas las explicaciones y lamentos, dejo hablar a los poemas, que espero sirvan a quien se adentre en ellos una parte, al menos, de lo que a mí me han servido.

Ha envejecido el viejo amigo y ya no se basta a sí mismo. Los viandantes son siempre los mismos; la lluvia – y el sol también – son los mismos; la mañana un desierto.

CESARE PAVESE

Entonces, una mano exenta escribe en la pared los versos de la canción tuareg.

JORGE RIECHMANN

Frente al calor
los hombres desnudan su piel
y dejan que el Sol los consuma.

El tuareg refugia su dermis
en la seda azul [agua o cielo o iris hembra]
y, en caso de necesidad,
se hunde en los pliegues
blanquecinos de su jaima.

*Sobre la roca náufraga
un humo pide auxilio.*

GERARDO DIEGO

*Hoy el dolor, adelantando el paso,
nos cogió por la espalda y, poco a poco,
apuñaló en el pecho la esperanza
y encizanó la luz ante los ojos.*

BLAS DE OTERO

I

Mis pies conjuran las siluetas de la desolación,
avanzan sobre mares de incertidumbre,
caminan por la pura inercia del camino.
Porque, a cada paso, el universo desaparece
y emana de él otro cosmos aún más hostil.
¿Qué fin buscan mis piernas cansadas,
en una eterna topografía que nunca es
donde mis rodillas se desplomaron,
como si, cuanto abarcan nuestras yemas,
solo fuera un eterno desierto
al que le es indiferente las veces que lo recorramos?

Sacristía

En una iglesia mundana, la lámpara
más alejada se pudre en polvo
y olvido
y el techo, encanecido, se arruga
de humedad.

Entrar en los santuarios es ver las ruinas
de nuestra civilización cuando
aún no han sido.

«y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.»

La ópera del hastío

Las farolas están fundidas, de la calle 22:45
Y la vida a punto de reventar sus bombillas,
mamá.

Vestidura

En el barreño amargo, la ropa manchada que fui,
caen sarpullidos del agua compartida
por todos los que acunó
la marea solemne del bidé.

No me reconozco en sus tejidos,
las venas azules
destiñen cuanto respiré,
cegando lo que de mí transita.